



El Gran Viaje del Pequeño Pompón

dulce luna



En una acogedora cueva al pie de una colina verde, vivía un osito muy curioso llamado Pompón. Cada mañana, Pompón abría sus grandes ojos marrones y estiraba sus patitas con mucha energía. Hoy era un día muy especial porque mamá osa le había dado permiso para explorar más allá del claro del bosque.



Pompón dio sus primeros pasos sobre la hierba fresca y suave, sintiendo las cosquillas en las plantas de sus pies. Un rayo de sol dorado iluminaba el camino, guiándolo hacia un sendero lleno de flores silvestres de colores brillantes. El osito sonrió feliz mientras respiraba el aroma dulce de la primavera.



Al borde del camino, Pompón se encontró con un amigable conejo de orejas largas que saltaba alegremente. El conejito le saludó moviendo su patita y le invitó a jugar a las escondidas detrás de unos arbustos frondosos. Pompón rió a carcajadas mientras intentaba atrapar a su nuevo amigo sin tropezar.



Siguiendo el sonido alegre del agua, Pompón llegó hasta un arroyo cristalino y chispeante. Se asomó con cuidado a la orilla y vio pequeños peces dorados nadando en círculos. Con mucha precaución, tocó el agua fresca con la punta de su patita y sintió un cosquillo muy divertido.



Cruzando el arroyo por un tronco firme, el osito descubrió un prado lleno de mariposas de colores tornasolados. Una mariposa azul se posó suavemente sobre su nariz negrita, haciéndole bizcos al intentarla ver. Pompón contuvo la respiración para no asustar a su frágil y hermosa visitante.



El sol comenzó a subir en lo alto del cielo, anunciando que era la hora de almorzar. Pompón recordó que mamá osa le había preparado una deliciosa miel silvestre en un tarrito de barro. Se sentó bajo la sombra de un gran roble y disfrutó de su dulce comida con mucho apetito.



Mientras descansaba la barriguita, Pompón escuchó un sonido suave que venía de entre las ramas del árbol. Era un pequeño búho que parpadeaba perezosamente y bostezaba con la boca muy abierta. Pompón le saludó con la mano y aprendió que los animales también necesitan dormir la siesta.



De repente, el cielo se vistió de un tono anaranjado y el viento sopló una brisa más fresca. Pompón supo que la tarde estaba terminando y que era hora de regresar a casa. Con el corazón lleno de recuerdos felices, comenzó a desandar el caminito por el que había venido.



Al llegar a la entrada de la cueva, una luz cálida y reconfortante le dio la bienvenida. Mamá osa lo esperaba con los brazos abiertos y una sonrisa llena de amor. Pompón corrió a abrazarla con fuerza, emocionado por contarle todas las maravillas que había visto.



Ahora, acurrucado en su camita de hojas secas y suaves mantas, Pompón cierra los ojitos lentamente. Con una sonrisa en el hocico y el recuerdo de sus nuevos amigos, el pequeño osito se sumerge en un sueño profundo y lleno de paz.